

## ASÍ ERA EMILIANA DE ZUBELDIA. TODA ELLA, MÚSICA Y POESÍA

**Héctor Rodríguez Espinoza**

Conocí a Emiliana de Zubeldía en el año de 1956. Era yo, entonces, alumno de primer año de la Escuela Secundaria que dirigió el maestro Amadeo Hernández, adscrita a la Universidad de Sonora. Por haberme inscrito a instancias y ejemplo de mi hermano Luis (+), en la Banda de Música que formó y dirigió el Mayor Isauro Sánchez Pérez, se me exentaba de tomar la clase obligatoria de Educación Musical, por lo que no la cursé en el grupo normal.

Pero pronto supe de la maestra (¡ay! aquella Universidad -en ciernes- tan íntima y romántica), pues por la afinidad de los pocos grupos artísticos de entonces - la propia Banda de Música, la Academia de Pintura de Higinio Blatt, el Coro que ella conducía, el grupo de danza que dirigía Martha Bracho y la Academia de Teatro de Alberto Estrella-, coincidíamos y convivíamos frecuentemente en las ceremonias cívicas, académicas y giras de extensión cultural por municipios del Estado.

En esos años empezaba a destacar ya la niña Angélica Méndez Ballesteros, y en más de una vez coincidíamos, la Banda de Música y ella, en ceremonias escolares. El Mayor Sánchez Pérez nos la ponía de ejemplo por su talento y disciplina. A mí me causaba especial atención que era una niña común y corriente en apariencia, hija de un modesto radiotécnico que tenía su taller por la calle Morelia, al costado norte de la Ferretería Matamoros.

Recuerdo también los programas que sobre "Historia de la Música" escribía y transmitía Emiliana, con su palabra viva, por Radio Universidad. Ella promovió, a fines de los cincuenta, la presentación en nuestra ciudad de la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida por el maestro Luis Herrera de la Fuente. Me tocó estar sentado precisamente, detrás de ella, en la planta alta del cine Sonora, y recuerdo, como si hubiera sido ayer, que al finalizar el programa, Emiliana se puso de pie y empezó a exclamar: "Huapango... Huapango", iniciándose una petición colectiva. Y la orquesta nos regaló el Huapango, de Pablo Moncayo, símbolo de la música sinfónica popular y nacionalista, ¿cómo olvidarlo?

Por esos mismos años, a instancias de Agustín Yáñez, presidente entonces del Seminario de Cultura Mexicana, conjuntamente con el rector Manuel Quiroz Martínez, se fundó, en la Sala de Arqueología del Museo y Biblioteca, la Corresponsalía de Hermosillo, agrupando a un selecto grupo de profesores. Y en el acta constitutiva aparece y destaca Emiliana.

En los años sesenta empezaba a germinar el gusto por la música sinfónica que ella había sembrado, y nuestra ciudad fue incluida en el circuito de las temporadas anuales de conciertos de la Orquesta Sinfónica del Noroeste, que dirigiera el maestro Luis Ximénez Caballero, y apoyara el culto gobernador Luis Encinas. Recuerdo bien uno de los conciertos en el Auditorio de la Universidad, al que sólo asistimos ¡trece personas! Pero para los pocos años siguientes, era

insuficiente el Auditorio Cívico del Estado. Es triste reconocer que en el campo de la música sinfónica, la cultura sonorenses padece el síndrome del cangrejo. Las últimas privilegiadas oportunidades fueron sendas giras de la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México, que dirigían los maestros Fernando Lozano y Enrique Bátiz, en mayo de 1982 y 1985. ¡Un concierto sinfónico cada tres años!

En la Casa de la Cultura del Gobierno del Estado, trabé más y mejores relaciones con Emiliana. El 30 de abril de 1982 conocí el talento -cincelado por la mano amorosa de Emiliana- de la entonces niña de siete años Lizzet Camalich. En el mes de mayo siguiente, y con motivo de un concierto de un excelente pianista español que Emiliana había invitado para la Universidad de Sonora, por lo cual había adquirido compromisos con amistades suyas en el Instituto Nacional de Bellas Artes, una huelga puso en riesgo de fracasar el evento. El cumplimiento de mi deber al ayudar a sacar adelante este concierto, y a cumplir su palabra, me ganó una estimación y gratitud (hoy tan escasa) de ella que, aun siendo exagerada, es uno de mis más preciados sentimientos de orgullo.

Por esas mismas fechas, ella había gastado el producto de la venta de un automóvil que obtuvo en un sorteo de la Universidad, para sufragar los gastos del viaje de su alumno Pedro Vega Granillo, a ofrecer un concierto en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, que mereció la publicación de elogiosas críticas, que ella mostraba con satisfacción. Este desprendimiento le era común: ya antes había ayudado, de todas las formas que le fue posible, a becar en Alemania a su discípula Leticia Várela, y pocos saben que desde siempre repartió su sueldo entre muchos niños indígenas.

La escuela de Emiliana no era, precisamente, de carácter masivo. Tenía el don de descubrir el talento de sus alumnos y cultivarlo hasta un grado de excelencia de alto rango de la teoría matemática de Augusto Novaro. Y es que hay orfebres que elaboran sólo productos de oro puro, y artesanos que producen, en serie, joyería de fantasía. Ambos son importantes. Pero Emiliana perteneció a los primeros.

En un artículo suyo sobre "La asociación de la poesía con la música" (publicado en la revista de la UNISON, No. 12 y 13, de 1964), enseña:

"Alguien dijo: Una poesía sin música, es como un molino sin agua. Toda poesía es música y la música es poesía...

El edificio, al dibujarlo, deberá estar en la mente del compositor perfectamente fijado antes de colocar el lápiz sobre el papel pautado, para expresar gráficamente el contenido musical de la obra. Una vez fija en la mente la arquitectura del poema, pasará a estudiar, a penetrar en el *ethos* o sentido expresivo que contengan, muy diferente si la poesía es lírica, épica, dramática, si tiene carácter religioso, profano, etc. Es necesario que la expresión emotiva que contenga, haga vibrar el alma del compositor, sin lo cual, toda la perfecta arquitectura no servirá de gran cosa, porque la música es ante todo arte expresivo en el tiempo."

No puede decirse que la sociedad hermosillense le haya negado el reconocimiento. Todos quienes la conocimos, de una u otra forma, le hemos entregado nuestra admiración y gratitud. La plaza y el Auditorio de la

Universidad llevan su nombre. Ha recibido más de un reconocimiento público. Y esto, en una sociedad típica del subdesarrollo, tan cerrada para reconocer profetas, para apreciar los verdaderos valores de la cultura e identidad regional, y con una miopía artística del tamaño del cerro de la Campana, dice mucho.

Vive en Emiliana, como en pocas, el espíritu vasconcelista: el mejor de los homenajes, y la grandeza que seguramente ella siente, es el saber de sus discípulos, de sus hijos. Uno de sus más grandes deseos, sin embargo, nunca le fue concedido: el realizar una gira a Europa con su Coro, y cantar en la Capilla Sixtina del Vaticano, ante el Papa, la Misa de la Asunción que ella compuso.

Es tanto lo que queda por decir, pero falta espacio. Algún día habrá y deberá escribirse una historia de su vida y obra humanista en este páramo de sus amores.

Sea lo que fuere, disfrutemos, a plenitud, la ejemplar prédica de las virtudes humanas que, aún ahora nos sigue enseñando esa devota admiradora de Debussy, ahora que recobran valor sus versos:

#### ZORZTICO

*En las montañas*

*donde he nacido,*

*en mis montañas*

*quiero morir.*

*Donde mi madre*

*mi cuna ha mecido*

*quiero mi sueño*

*eternal dormir.*

#### LA EMILIANA QUE YO CONOCÍ.

Marina Ruiz

Creí que era sencillo escribir sobre la maestra Emiliana de Zubeldía, después de tantos años de conocerla; pero sentada ante el teclado, el de la computadora, claro, no sé por dónde empezar. ¿De cuál Emiliana escribiré?, ¿de la maestra estricta que deseaba contagiar a todos su pasión musical?, ¿de la compositora que todavía nos depara muchas sorpresas, conforme sus alumnos de Sonora vayan develando lo que, por modestia, guardó en sus arcones, para nosotros aún a medio descubrir?, ¿de la increíble mujer, una fuerza de voluntad viva que salió airosa y fortificada de todas las tristezas y desalientos, porque en su vocabulario nunca entró la palabra derrota?, ¿de la amiga afectuosa que compartía grandes ratos de amenidad y sabiduría? ...

Decididamente, tendré que escribir sobre “mi Emiliana”, que es un poco, o un mucho todas ellas, porque, con sus diferentes facetas, Emiliana de Zubeldía era una mujer de una pieza.

Tengo una muy vaga imagen de ella en la Ciudad de México, donde vivíamos, ella y nosotros, antes de venir a Sonora. Allí la conocieron mis padres. Al establecerse en México, Emiliana se inscribió como “refugiada” de la guerra civil. Después, cuando llegamos a Hermosillo fue, jubilosa, a recibirnos. Estaba aquí desde 1948, al frente de las clases de música de la Universidad de Sonora.

En aventuradas opiniones se ha dicho, equivocadamente, que hasta tiempos recientes la actividad cultural en nuestro estado de Sonora era inexistente. La realidad es que siempre hubo grupos bien integrados de intelectuales, así como aficionados que organizaban tertulias y representaciones teatrales. Las compañías de ópera, teatro y zarzuela pasaron por nuestra ciudad desde el siglo XIX. Pero también es verdad que Sonora, como sociedad en desarrollo, tuvo que sobrevivir en un medio hostil y duro. “Domar” el desierto y la naturaleza adversa en donde estamos asentados, fue tarea ardua de hombres que no tuvieron mucho tiempo para otras distracciones y a los que provocaba cierta desconfianza la “ociosidad artística”.

La creación de la Universidad de Sonora, en 1942, como una necesidad inaplazable, trajo aires nuevos al Estado. Desde la cátedra, se reforzaron estos grupos de intelectuales y el establecimiento de escuelas libres, que impartían educación artística, brindó nuevas opciones a la inquietud y la creatividad. Prueba de ello fueron las abundantes inscripciones que se registraron.

Los pintores Higinio Blatt, como director y Karle Garmendía, su esposa, como maestra, inician su actividad en Hermosillo en 1951, al frente de la que se llamaría Escuela Libre de Dibujo y Pintura. Higinio Blatt era valenciano, Karle Garmendía era vasca, de Pamplona, discípula del pintor, también pamplonés, Javier Ciga Echandi. Perteneció a la Escuela Vasca de Pintura.

Dirigida por el profesor Alberto Estrella, en 1954 se crea la Escuela de Arte Dramático y en el mismo año, con la maestra Martha Bracho al frente, la Escuela de Danza. Unos años después, las escuelas se reestructuran para convertirse en Academias.

Como ya dije, en 1948, llega a Hermosillo Emiliana de Zubeldía, invitada por el entonces rector de la Universidad, don Manuel Quiroz Martínez. Lo que se planeó como una estancia corta, para fundar y organizar la Escuela de Música, se convierte,

afortunadamente para nosotros, en un período que dura hasta su muerte, fin de una larga y fructífera vida que se inicia en Navarra, esta tierra vasca llena de la historia que ella bien conocía, siempre presente en su corazón y en su música.

Nacida en 1888, en Salinas del Oro, un pueblecito cercano a Pamplona, dedicado a la obtención de sal por evaporación, Emiliana, con su vivísima sensibilidad, evocaba en el paisaje de Sonora, las áridas planicies que se encuentran en su tierra natal. En el carácter del sonorense, rasgos cercanos a los de sus vascos, y aún al suyo propio. Quizá todo esto contribuyó a que anclara su azarosa vida en estas regiones.

Karle Garmendía conocía a Emiliana desde España. Al arribo de mi familia a Hermosillo, las reuniones se hicieron frecuentes, casi siempre en mi casa. Creo que nunca podré olvidar lo mucho que a Emiliana le gustaba contar chistes y lo malísima que era para ello. Antes de terminar empezaba a reírse y los demás también, sin saber a ciencia cierta de que.

Ya desde entonces yo era medio “metiche”. Rondando por allí, escuchaba las conversaciones de “los mayores”, pero sólo tiempo después logré entender porque Karle reprochaba a Emiliana una especie de huida de un matrimonio que ella nunca confesó y la permanencia en el anonimato con respecto a las asociaciones musicales vascas, que trataban de localizarla. Éstos temas de una doble vida permanecieron ocultos por quienes sabíamos de ellos y respetábamos su decisión de no darlos a conocer.

El documental de Elena Taberna sobre Emiliana de Zubeldía ha hecho innecesaria nuestra discreción. Premiado en el Festival de Video de Navarra y en los Premios Emakunde de Vitoria, en 1994, nos revela una Emiliana cuya imagen se agiganta y se hace más entrañable a través de su agitada vida.

Unos años después, Higinio y Karle volvieron a España. Mi madre regresó también. Emiliana, rodeada de amigos y de afecto, siguió frecuentando mi casa, jugando con mis hijos pequeños o charlando con ellos adolescentes. José Miguel, el menor, que sí estaba hecho para la música, fue su alumno. Emiliana lo “becó” regalándole los métodos de piano. Del gran bolso negro que usaba, al que llamaba “el monedero”, nunca dejó de salir su generosa contribución para las más variadas causas. Y no valían protestas. A mí me hizo, al menos dos veces, el cuento del “billete de lotería premiado”. Decía que se había sacado un pequeño premio, cuando estoy casi segura de que ni siquiera compraba billetes.

Su vocación musical se despertó desde la niñez. La primera vez que escuchó música, en brazos de su nana, se puso tan contenta, que se le cayó a la azorada mujer. Cuando tenía dieciocho meses de edad, la familia Zubeldía Inda se traslada, desde la natal Salinas de Oro, a Pamplona. El ambiente pamplonés de la época parece haber sido muy musical y posiblemente influyó en la vocación de Emiliana. Había escuela de música y eran frecuentes los conciertos de músicos vascos, sobre todo, los del compositor Pablo Sarasate, originario de la propia Pamplona, que por entonces gozaba de una enorme fama como compositor y había recorrido hasta el último rincón de Europa y gran parte de América, aclamado por su virtuosismo con el violín.

Con cuatro años recién cumplidos, Emiliana inicia sus clases de piano con el maestro José Escurra.

“A los cinco años”, decía Emiliana, “toqué por primera vez en público sin sentir ninguna vergüenza ni temor”. Cuando tenía ocho, ingresó a la Academia Municipal de Música, con el maestro Joaquín Maya. Después de iniciarse en Pamplona, se inscribió en el Real Conservatorio de Música, en Madrid, donde terminó sus estudios a los diecisiete años. Viaja entonces a París, para inscribirse en la Schola Cantorum. Fueron sus maestros los compositores Vincent D’indi, Dèsiré Pâque, uno de los primeros músicos en emplear la música atonal y, sobre todo, Blanche Selva, la eminente musicóloga que renovó la técnica pianística y estrenó numerosas obras en Francia, entre ellas, la más importante de Isaac Albeniz : la colección de doce “nouvelles impressions” para piano titulada “Iberia”, de 1906 y 1909. Selva realizó un verdadero apostolado por la creación de talleres musicales para obreros y personas de escasos recursos.

París es, por esas fechas, un enorme polo de atracción para artistas e intelectuales de todo el mundo. Se relaciona, como siempre lo hizo, con las vanguardias artísticas y estudia las corrientes musicales más avanzadas. Aún en este ambiente, más liberal, Emiliana desarrolla una actividad inusitada para una mujer de su época, sobre todo española, a la que pocas se atrevían. Se sostiene transcribiendo obras musicales de otros autores y tocando el órgano en algunas iglesias. En París empieza también a componer.

En 1909 regresa, para unas vacaciones, a Pamplona. Durante ellas muere su padre y decide quedarse, como maestra de la academia de música “Juventia”. Da sus primeros conciertos en el Teatro Principal de Pamplona y en la Sociedad del Orfeón Pamplonés. También en ese año empiezan sus giras: Burdeos, San Sebastián, Bayona y Biarritz. Compone “Esquisses d’un apress midi basque”.

Para 1917, sus giras han abarcado todos los escenarios de San Sebastián y de Madrid. En esta época, bajo el seudónimo de Emily Bydwealth, compone varias piezas románticas con buena acogida en la sociedad.

Inicia su noviazgo con el químico tudelano Ramón Puente, con quien se casa en 1919, en misa oficiada por su hermano Néstor Zubeldía. Un año después es nombrada profesora de la Escuela Municipal de Música de Pamplona y empieza en su vida el largo misterio que celosamente oculta. Para obtener su plaza de maestra declara tener 27 años, cuando tiene 32. ¿Es coquetería o así se lo exigen las circunstancias?

Sólo tres años duró su matrimonio, una circunstancia que también ocultará toda su vida. No faltan las especulaciones al respecto. Creo, como Helena Taberna, que eligió entre su vocación musical y la maternidad. Seguramente tuvo plena conciencia de la responsabilidad que implican los hijos y tomó la decisión más valiente y adecuada a su temperamento. Otros hablan de un profundo desengaño amoroso. Sea como sea, deja nuevamente España.

De nuevo en París, inicia una gira que la lleva a Bélgica, Suiza, Italia, Inglaterra y Alemania. Madame Boulanetz le publica, en 1923, la serie de obras para piano que tiene escritas, entre ellas una serie de "Canciones españolas"

A la muerte de su madre, Emiliana vuelve a Pamplona por un breve tiempo. Sólo volverá, años después, en dos ocasiones y de forma incógnita. Quizá la muerte de su madre rompió el último lazo que la ataba y emprende el viaje a América.

Durante 1929 hizo giras por Cuba y dirigió la Orquesta Filarmónica de la Habana, interpretando su poema sinfónico "Euzkadi", se presenta en Sao Paulo, donde compuso "Berceuse de palmeras en Brasil" y recorrió Uruguay y Argentina. En Buenos Aires dirigió los coros de la ciudad. Llega a Nueva York en 1930 y se inscribe en la American Woman Assotiaton, donde contacta con mujeres intelectuales y artistas. Además de conciertos en Town Hall de Columbia University y Nicolas Roerich Museum, interpretando música propia, realiza conciertos para Radio City

Sin embargo, lo más importante de su estancia en Nueva York, lo que daría rumbo definitivo a su vida, fue conocer, en la Universidad de Columbia, a un músico mexicano, becario de la Fundación Guggenheim. Se trataba de Augusto Novaro, dedicado desde muy joven, a la investigación acústica y matemática de la música. Novaro construyó cajas de resonancia para diferentes instrumentos musicales, que tienen una acústica especial, para demostrar y poner en práctica su teoría de un sistema natural o no temperado de la música. Es el creador de la Teoría Natural de los Sonidos.

José Juan Tablada, uno de los poetas más importantes de México, cronista sobre diferentes temas, en Nueva York, recoge en una de sus crónicas una frase sobre Novaro: "Un joven genio mexicano, Augusto Novaro, músico y matemático, descubre una nueva armonía, basada en las matemáticas. Su método es complicado, pero más simple que el de Einstein ". Como ustedes comprenderán, no está dentro de mis posibilidades explicar los métodos ni del uno ni del otro. Tablada continúa su crónica, fechada en marzo de 1931, dando la lista de las fábricas que han adoptado, para sus diferentes instrumentos, las teorías del músico mexicano y añade: "Seguidores y difusores del sistema Novaro fueron Daniel Pérez Castañeda, ingeniero y músico, y la pianista y compositora de origen español, Emiliana de Zubeldia, quien colaboró en las presentaciones del 'novar', además de componer música de acuerdo al sistema Novaro". El novar es el piano diseñado con caja acústica de acuerdo a esta teoría. El maestro Novaro la invita a colaborar con él.

Como última escala de su agitada vida, Emiliana llega a México en 1933, invitada para dar conciertos en Mérida, estado de Yucatán. En agosto del mismo año, se presenta en el Teatro Hidalgo, de la capital mexicana. En sus charlas aseguraba que ella siempre supo que vendría a México. Su gran amiga, la maestra Josefina de Ávila, profesora de la Universidad de Sonora, que guarda muchas anécdotas de Emiliana, me narra la siguiente, tal como se la contó Emiliana: "Cuando era niña, hojeaba un libro del que me atrajo una fotografía; la vi detenidamente y, sin más, dije a mi madre: 'Yo iré a ese lugar'. Era México. Mi madre me contestó: 'Cállate, no sabes lo que dices'. Y Emiliana, con una sonrisa comenta: "Sí que lo sabía. Aquí estoy."

Durante más de cinco años revisa a fondo la Teoría de Novaro para convertirse en su más entusiasta promotora. En ese tiempo compone "Poema Místico", "Tientos" "Cinco estudios para piano". También habrá de musicalizar "Cuatro canciones" con los poemas de su amiga Ana Mairena, todas ellas con la Teoría Novaro, publicadas por la Casa Ricordi, entonces la más prestigiada editora musical. Esto formó parte del programa con que, en compañía de la mezzo soprano Josefina Aguilar y el pianista Alfonso Rendón, se presentó en el Teatro Hidalgo, de la Ciudad de México, con un rotundo éxito de público y de crítica. En 1939, a la muerte de sus hermanos Eladia y Alejo, compone "Sinfonía Elegiaca",

¿Por qué Emiliana vino y arraigó en Sonora? ¿Qué extraños y fuertes lazos la ataron a nuestra tierra, para hacerla abandonar un prestigio y una posición de privilegio que había logrado en el mundo de la música? Sus presentaciones como pianista, compositora y, sobre todo, directora de orquesta (algo inusitado en una mujer, aun en nuestros días), generaron una abundante crítica, tan elogiosa donde quiera que se



presentó, que contribuyen a ahondar el misterio que rodea su voluntaria renuncia al gran mundo de la música.

En muchas ocasiones dijo: “La música es el alma de las cosas. Para mí, Sonora es una mezcla de Bach y Debussy y por eso me ganó el corazón.” Pequeñas pistas recogidas a lo largo de muchos años de amistad me autorizan a deducir que buscó entre nosotros la tranquilidad y la paz que valoraba tanto, después de vivir el clima de envidias y resentimientos del ambiente artístico de la capital, sobre todo por su destacada posición como colaboradora y amiga de la familia Novaro. Sé dé seguro que ella rompía definitivamente con todo lo que turbara su espíritu y procuraba sacarlo de su vida. Deseo de todo corazón, que dentro de las dificultades y problemas de la cotidianidad, haya encontrado lo que entre nosotros buscó...

Donde quiera que fue, vivió siempre en hoteles. Para los que en los años cincuenta cursábamos la secundaria o la preparatoria, era familiar su figura caminando enérgicamente por la calle Rosales, ida y vuelta todos los días, entre la academia y su habitación del hotel, donde los libros, discos, cuadros y baúles le dejaban un pequeño espacio. Debe haber hecho milagros para arrinconarlo todo y darnos cabida en una reunión que organizó. Sentadas en la cama, en el suelo y en los baúles, “bautizamos” un teclado mudo, comprado para practicar sin molestar al “vecindario.” A sugerencia de mi madre, el teclado se llamó Belinda, aludiendo al papel de una joven sordo-muda que le dio a Jane Wyman un Oscar de la academia cinematográfica.

A su llegada a Hermosillo se hospedó en el Hotel Laval y unos años después se mudó al San Alberto, ahorrándose un gran trecho de caminata o el costo del taxi. No sé si lo decía en serio, pero lamentaba como un error no haber comprado, a su llegada, una bicicleta: “Al principio, seguramente, me habrían visto como una cosa rara, pero ahora ya todos estarían acostumbrados.”

El Hotel Laval estaba cerca de la casa de mis padres. Domingo tras domingo Emiliana comía con nosotros. Recuerdo como le gustaba la “crema de maíz” que preparaba mi madre. Terminada la comida nos arrastraba, quieras que no, al cine.

En el inicio, su tarea en la Academia debió ser harto ingrata. Llevar la música a los alumnos de secundaria, que poco o nada se interesaban. Pero luchó tenazmente y de entre el montón de indiferentes logró crear un porcentaje de amantes de la música, los que a su vez trataron de interesar a sus hijos. Y esa enorme labor multiplicadora que realizó, es tan meritoria y valiosa como la que más.

A la Academia se acercaron muchos aficionados a la música, iniciando así los cursos abiertos al público, sobre historia del arte y de la música, ilustrado con valioso material discográfico que ella pagaba de su bolsillo. Llegaron también los alumnos para las clases de piano.

“¡Así no, chiquita, así no...!” Nunca olvidaré la voz impaciente de Emiliana que subía de tono ante mis manos que no estaban hechas para el teclado. Algunos de sus alumnos abandonamos el intento de aprender a tocar el piano, porque junto a ella sólo cabían los apasionados de la música, los que estaban dispuestos a entregarle tiempo y esfuerzo. Los que querían un pasatiempo sin trascendencia, terminaron rindiéndose ante una disciplina que solo se sobrelleva cuando hay verdadero interés y vocación. En este renglón Emiliana nunca transigió. No aceptó las mediocridades.

Pero a cambio de nosotros, los que sólo somos parte del “honorable público”, los que no teníamos vocación artística, encontró muchos alumnos que se convirtieron en músicos verdaderos. Su técnica era la de Blanche Selva, basada en la libertad y naturalidad de movimientos, sin forzar los músculos de la mano, de la muñeca o del brazo.

La pequeña Angélica Méndez Ballesteros, que aun jugaba con muñecas y patines, era ya una concertista. Muchas veces la vi, sentada al piano, junto a Emiliana. Envueltas ambas en un halo que las separaba de todo, concentradas en su mundo musical que a los demás únicamente nos era dado escuchar en silencio. Angélica apenas tenía 10 años cuando se presentó en la Ciudad de México, como solista en un concierto de Haydn. Concertista y maestra en el Conservatorio de Viena, quizá Angélica viva, ahora como maestra, aquellas mismas experiencias.

Ese pequeño milagro lo hacía Emiliana con sus verdaderos alumnos, como Julio Cubillas, grandote y afable, al que conocí en la academia y porque muchas veces fue con ella a casa de mis padres. Julio decidió abrazar la carrera de la fe. Según él, la música lo apartó de las vanidades mundanas. Pérdida dolorosa para Emiliana, igual que la de Angélica, cuando iniciaron su propio camino en la vida. Julio fue el custodio de una parte de la música de Emiliana. Ella le confió unos baúles que al morir, según sus instrucciones, serían entregados a la Universidad de Sonora. (Luego, por mi amiga Chita Cubillas, me enteré de que se entregaron, por error, a Leticia Varela, con quien Emiliana había roto todo vínculo de amistad, cosa que Julio desconocía. Ojalá sean reintegrados a la Universidad).

Después de algunos intentos fallidos, Emiliana logró consolidar el Coro de la Universidad de Sonora, uno de sus sueños, como buena vasca. Los integrantes usaban

largos trajes de corte monacal, azules para las mujeres, grises para los hombres, inspirados en el hábito de Guido D'Arezo, a quien se atribuye la nomenclatura de las notas musicales perteneciente a la orden de San Benito, encargada de resguardar la música sacra en la Edad Media. Y no hay que olvidarlo, creadores del Benedictine. Ya se sabe que después de una copita, la música surge inmediatamente. Aunque sea la medieval.

El coro, con Emiliana al frente, constituyó un auténtico orgullo para la Universidad de Sonora. Recorrió con éxito los principales escenarios de la República. Su repertorio comprendía obras clásicas y canciones populares o poemas arreglados y musicalizados por ella. Cada fin de año presentaba sus conciertos navideños, tradición que, infortunadamente, el coro solo pudo conservar hasta 1994. El concierto de villancicos era muy importante para ella. Contaba cómo, en su tierra vasca es (ojalá que lo siga siendo) una de las tradiciones más celosamente guardadas, en la que participan chicos y grandes, subiendo por calles y caseríos y cantando las tiernas tonadillas de la Navidad. Emiliana dirigía la orquesta y el coro sin batuta. Sus manos eran dos palomas jugando con el aire.

No concretaba su labor a la academia. Durante muchos años utilizó sus contactos con instituciones musicales para organizar temporadas de conciertos, que traían hasta nuestro estado los mejores intérpretes, nacionales y extranjeros. Si a nosotros, sus alumnos y amigos, nos hacía trabajar en la venta de boletos y "abonos", ella, inagotable, se dividía en mil para organizar y lograr que todo estuviera a punto. El producto de los conciertos era dedicado a obras de beneficencia. Logró, por fin, integrar un patronato que la auxilió en la extenuante labor.

Era casi milagrosa la energía de esta mujer. Con su esfuerzo multiplicó el número de aficionados a la música y a la cultura, y no por ello dejó de componer. Sus alumnos han pasado a formar parte de la enseñanza y dirección de coros en diversas partes del estado y de la república.

Conocemos sólo una mínima parte de su creación: composiciones para orquesta y para diversos instrumentos, cantos para coro y para solistas, en donde emergen los aires vascos de su tierra natal, los de los países que recorrió y los de los grupos mayo, seri y yaqui, etnias de Sonora, que también es su tierra. Cantos antiguos y modernos, musicalizaciones de la poesía de Ana Mairena, seudónimo de su gran amiga Asunción Izquierdo y en la Semana Santa de 1968, en la Catedral de la Asunción de Hermosillo, estrena la obra coral dedicada a su madre, "Misa de la Asunción."

A su muerte, los musicólogos mexicanos Esperanza Pulido, su "hermana", como ella la llamaba, y Juan José Escorza, auxiliados por David Camalich, vinieron a Hermosillo y se encargaron de clasificar el legado musical, que se encuentra debidamente

resguardado en el Archivo Histórico de la Universidad de Sonora. Pero es necesario darlo a conocer. Se cuenta, además, con un extenso archivo fotográfico en el que trabajan sus ex-alumnos con el fin de dejarlo perfectamente ordenado.

No obstante, lo que sí se conoce fue suficiente para concederle el Premio Nacional de Composición otorgado por la Unión de Cronistas de Música y Teatro de la Ciudad de México, en 1956.

En 1982, en un merecido homenaje, al teatro del Museo y Biblioteca de la Universidad, lo mismo que a la plaza que está enfrente, se les pone el nombre de Emiliana de Zubeldía. El museo alberga la academia de música. Después de su muerte, fue colocado un busto en la plaza. Felizmente no lo conoció, porque está feísimo.

Una desafortunada caída que la dejó por mucho tiempo en silla de ruedas, hizo necesario internar a Emiliana en una institución que contara con servicio médico. Era ya imposible que viviera sola. Desde allí, hasta unos días antes de su muerte, en 1987, siguió dirigiendo los ensayos y las actividades del coro, con el auxilio de la soprano Imelda Moya y el pianista y director de coros David Camalich, dos de sus más destacados alumnos. Los ensayos del coro eran una fiesta para los internos de la casa de retiro San Vicente.

En el Musikaste de 1991, la semana musical de Rentería, fue declarada “La más importante compositora de Euzkadi”. Todos, alumnos y amigos, nos alegramos con esta distinción, pero a la vez nos entristeció que hubiera muerto sin saber que su tierra vasca, a la que amaba entrañablemente, la consideraba una de sus hijas distinguidas. Yo la imaginé, recibiendo esa distinción, con la mezcla de asombro, modestia y pudor que le era tan característica. Su timidez ante los homenajes la habría hecho protestar, pero en el fondo, su corazoncito se habría alegrado.

Hay una anécdota que evidencia su poco interés por la notoriedad. En 1978, cuando yo dirigía Fonapas, en el Estado de Sonora, comenté con doña Áurea de Carrillo, la esposa del gobernador, que Emiliana siempre lamentaba la falta de un piano de concierto en el Auditorio Cívico del Estado, el teatro más grande de nuestra ciudad. La señora de Carrillo, gran admiradora de Emiliana, gestionó la compra de un piano de concierto. Una vez instalado, decidimos inaugurarlos haciéndole un homenaje a cargo del coro y sus alumnos. Se avisó a todos y se les pidió que mantuvieran discreción, pues pretendíamos que fuese una sorpresa. Una de sus amigas más íntimas, se encargaría de llevarla un poco después de la hora y la recibiríamos de pie y con aplausos. El día del homenaje, ante nuestra alarma, Emiliana no aparece por ninguna parte. A la hora fijada,

sin saber que pasaría, nos fuimos al teatro. En las primeras filas de butacas, junto a las escaleras de acceso al escenario, nos esperan, a nosotros, el coro y Emiliana.

El próximo año, se cumplirán los 20 de su muerte. Sería deseable que las autoridades universitarias y las asociaciones musicales vascas, que la honraron hace quince años, decidieran darle a su música la difusión que merece. Conozco la labor de amoroso rescate que hacen sus alumnos Imelda Moya, quien por indicaciones y con la ayuda de la propia Emiliana, pasó a ser discípula de la gran cantante mexicana Irma González y David Camalich, que prepara su doctorado en Estados Unidos, para el que está integrando un recital con canciones de su maestra. Hizo su tesis de licenciatura sobre “Emiliana de Zubeldía e Inda, vida y obra pedagógica en Sonora.”

Imelda ha hecho la transcripción de la música en copias puestas a la disposición de los investigadores, para protección de los originales. Trabaja, además, en la grabación del disco “El alma nunca se muere”, frase de Emiliana, con sus canciones, en colaboración con Rito Emilio Salazar, otro pianista alumno de Emiliana.

Ahora, bajo nueva dirección, el Coro de la Universidad ha tomado un rumbo diferente. Tiene un repertorio más bien operístico. Parece, sin embargo, que entre los proyectos de sus alumnos está el de reorganizarse y volver a darle vida a un coro con el formato que ella le imprimió. Ojalá logren hacerlo, aunque seguramente va a ser casi imposible. El alma del coro era Emiliana de Zubeldía.

En el cementerio, la tumba de Emiliana está cerca de la que yo visito. Muchas veces encuentro, junto a su nombre, una flor, a veces fresca, a veces no tanto, elocuente signo de que la seguimos recordando.

Lo que le debemos a Emiliana es invaluable. Solo podrán pagarlo, precisamente, sus alumnos. Esos que andan por el mundo difundiendo y multiplicando su labor.

## **A VEINTE AÑOS DE SU MUERTE.**

Marina Ruiz

El año 2007 se dedicó a la memoria de Emiliana de Zubeldía. Se cumplió el vigésimo aniversario de su muerte y, por coincidencia, me fue solicitado un trabajo sobre su trayectoria, para el Congreso Anual sobre los Vascos que se celebra en Guipúzcoa, España.

(Debo decir que acepté el encargo, porque creí que era sencillo escribir sobre la amiga y maestra, después de tantos años de conocerla. Pero sentada ante el teclado, el de la

computadora, claro, no sabía por dónde empezar. ¿De cuál Emiliana escribiría?, ¿de la maestra estricta que deseaba contagiar a todos su pasión musical?, ¿de la compositora que todavía nos depara muchas sorpresas, conforme los alumnos de Sonora vayan develando lo que, por modestia, guardó en sus arcones?, ¿de la increíble mujer, una fuerza de voluntad viva que salió airosa y fortificada de todas las tristezas y desalientos, porque en su vocabulario nunca entró la palabra derrota?, ¿de la amiga afectuosa que bromeaba con mis hijos y con la que compartí grandes ratos de amenidad y sabiduría?

Finalmente, redacté un trabajo muy subjetivo, convencida de que, con sus diferentes facetas, Emiliana de Zubeldía era una mujer de una pieza.

¿Por qué vino y arraigó en Sonora? ¿Qué extraños y fuertes lazos la ataron a nuestra tierra, para hacerla abandonar un prestigio y una posición de privilegio en el mundo de la música? Sus presentaciones en el extranjero como pianista, compositora y directora de orquesta, (algo inusitado en una mujer, aun en nuestros días), generaron una abundante crítica, tan elogiosa donde quiera que se presentó, que aumentan el misterio que rodea su voluntaria renuncia al gran mundo de la música.

Mis padres la conocieron en la ciudad de México. Ella nos recibió cuando llegamos a Hermosillo. Estaba aquí desde 1948, invitada por el rector de la Universidad, don Manuel Quiroz Martínez, para fundar y organizar la Escuela de Música. La corta estancia planeada se convirtió en un período que duró hasta su muerte, fin de una larga y fructífera vida iniciada en Navarra, su tierra vasca, siempre presente en su corazón y en su música.

Nació en Salinas de Oro, un pueblecito cercano a Pamplona. Con su vivísima sensibilidad, Emiliana evocaba, en el paisaje de Sonora, las áridas planicies de su tierra natal. En el carácter del sonoreño, rasgos cercanos a los de sus vascos, y aún al suyo propio. Quizá todo esto contribuyó a que anclara su azarosa vida en estas regiones.

Decía que “A los cinco años toqué por primera vez en público, sin sentir ninguna vergüenza ni temor”. Cumplidos los 17, termina sus estudios en el Real Conservatorio de Música de Madrid, y se inscribe en la Schola Cantorum, de París. Fueron sus maestros los compositores Vincent D’indi, Désiré Pâque y, sobre todo, Blanche Selva, de quien adoptó la técnica musical

En 1909 empiezan sus giras y compone “Esquisses d’un apress midi basque”. Bajo el seudónimo de Emily Bydwealth, compone varias piezas, magníficamente acogidas; y, en adelante sus giras se multiplican. En 1929 llega a Cuba, donde dirige su poema sinfónico “Euzkadi”, con la Orquesta Filarmónica de la Habana. En Sao Paolo, compone “Berceuse de

palmeras en Brasil” y recorre Uruguay y Argentina. En Buenos Aires dirige el coro de la ciudad.

1930 es un año crucial para Emiliana: conoce en Nueva York al maestro Augusto Novaro, un talentoso creador dedicado, desde muy joven, a la investigación acústica y matemática de la música. El sistema de Novaro le interesa vivamente y acepta una oferta para trabajar con él en México. De allí a Sonora, solo median algunos años en los que compone con la nueva técnica. Pequeñas pistas, recogidas a lo largo de muchos años de amistad, me autorizan a deducir que buscó entre nosotros la tranquilidad y la paz, que valoraba tanto, después de vivir el clima de envidias y resentimientos del ambiente artístico de la capital, sobre todo por su destacada posición como colaboradora y amiga de la familia Novaro. Sé de seguro que ella rompía, definitivamente, con todo lo que turbara su espíritu y procuraba sacarlo de su vida. Deseo de todo corazón, que dentro de las dificultades y problemas de la cotidianidad, haya encontrado lo que entre nosotros buscó...

Con una energía envidiable, que nos dejaba agotados a sus asistentes y colaboradores, organizó varias temporadas de conciertos y trajo a Hermosillo los mejor de la música en México. Como buena vasca, creó el Coro de la Universidad, que fue una de sus mayores satisfacciones.

Una desafortunada caída la dejó por mucho tiempo en silla de ruedas. Fue necesario internarla en una institución que contara con servicio médico permanente. Era ya imposible que viviera sola. Aún allí, hasta unos días antes de su muerte, en 1987, siguió dirigiendo los ensayos y las actividades del coro, con el auxilio de la soprano Imelda Moya y el pianista y director de coros David Camalich, dos de sus más destacados alumnos. Los ensayos del coro eran una fiesta para los internos de la casa de retiro San Vicente.

En el Musikaste de 1991, la semana musical de Rentería, Guipúzcoa, fue declarada “La más importante compositora de Euzkadi”. Todos, alumnos y amigos, nos alegramos con esta distinción, pero a la vez nos entristeció que hubiera muerto sin saber que su tierra vasca la consideraba una de sus hijas distinguidas. Yo la imaginé, recibiendo ese galardón, con la mezcla de asombro, modestia y pudor que le era tan característica. Su timidez ante los homenajes la habría hecho protestar, pero en el fondo, su corazoncito se habría alegrado.

### **LOS VILLANCICOS NAVIDEÑOS.**

En la infancia tenemos, al menos yo tenía, la sensación de que el tiempo pasa demasiado lentamente. Entre una Navidad y la siguiente intuía la eternidad.

Ahora no voy ni a la mitad de mis buenos propósitos del Año Nuevo pasado y ya tengo que hacer los de este.

Las vacaciones “grandes” coincidían, en mi niñez, con la época navideña. Había tiempo de redactar, con limpieza y buena letra, la carta a los Reyes Magos, meditada durante todo un año interminable. Porque en mi casa, lo que se usaba eran los Reyes: “Si no te comes las verduras no te traerán nada los Reyes, y si no te portas bien, tampoco”.

Mis tíos de Puebla pasaban la temporada de fin de año en mi casa. Mis tíos de Puebla no eran mis tíos. Una amistad entrañable unía a mi madre y a mi tía María. Eso era suficiente para hermanarlas y emparentar las familias.

Siempre venían cargados de regalos y de los variadísimos dulces que produce la artesanía poblana. Su llegada era una fiesta.

Mis “primos” eran gemelos: una niña y un niño. Que fueran un año menores que yo completaba la plenitud de la temporada. Mi hermana, demasiado pequeña, se movía a nuestro alrededor participando apenas del juego. Yo, la mayor, la conocedora del terreno, era la líder.

Casi desde su llegada a México, los refugiados españoles regionalizaron la emigración. Fundaron centros de reunión como el Valenciano, el Andalucía o el Vasco. Y uno que los reunía a todos: El Centro Republicano Español.

Al Centro Vasco nos llevaban todas las tardes a mis primos y a mi. Ensayábamos bailes regionales y villancicos para la fiesta que se organizaba cada fin de año. Sospecho que la fiesta era idea de los padres. Mientras ensayábamos, se deshacían de nosotros por un buen rato.

Quizá mi gusto por los villancicos se deba a ese placentero recuerdo infantil. Es una costumbre que hasta hace algunos años no estaba muy arraigada en nuestra región. Si no me equivoco, en Hermosillo sólo Emiliana de Zubeldía presentaba un concierto navideño, que era ya tradicional, y que afortunadamente sigue presentando su coro.

Seguramente para Emiliana el concierto navideño no era una presentación más. En su tierra vasca es una de las costumbres más celosamente guardadas. Grupos de todas las edades recorren las calles y suben a los caseríos, siempre encaramados en las faldas de los montes, cantando esas pequeñas cancioncillas ingenuas que anuncian la Navidad. Ya se sabe que en cuanto se juntan tres vascos forman un coro.



En comparación con los “nacimientos”, que aparecen desde el siglo XIII, la música popular, la cantada por “villanos” o habitantes de la villa, los “villancicos”, nace relativamente tarde. Fue necesario que lograran colarse en la liturgia latina las lenguas cotidianas de aldeanos y campesinos, cuando algunos maestros de capilla empiezan a introducir cantos en lenguas “vulgares” para conmemorar algunas festividades religiosas.

Una investigación hecha en el País Vasco, permitió recoger cerca de setenta villancicos en vascuence, o bilingües español-vasco que datan del siglo XVII, localizados en los archivos de diversos santuarios y conventos. El material se editó hace un año, aproximadamente, como parte de los festejos por la Bodas de Plata de la Coral Andra Mari, de Rentería, ciudad donde Emiliana fue declarada “La compositora más importante de Euzcadi”, en el “Musicaste”, o Semana Musical de 1991.

Diciembre 9 de 2007.

#### Videos

**Emiliana de Zubeldía. Una vida para la música. Leticia Varela**

<https://www.youtube.com/watch?v=2C5uYTqgCnk>

**El alma nunca se muere, canciones de Emiliana de Zubeldía**

<http://www.youtube.com/watch?v=PjsVdxhky9Q>

#### La Gitanilla

<http://www.youtube.com/watch?v=NAdpgsMUK2s>

[http://www.youtube.com/watch?v=9q3od6g\\_a6M](http://www.youtube.com/watch?v=9q3od6g_a6M)

### **NOMBRAN A EMILIANA DE ZUBELDÍA COMO "PERSONAJE DE LA HISPANIDAD 2014"**

Por su enorme e invaluable legado como pianista, compositora, concertista y maestra, el Club España en México otorgó a Emiliana de Zubeldía Inda el nombramiento "Personaje de la Hispanidad 2014".

La designación anual de personaje célebre de Hispanoamérica corresponde a una tradición de esa institución fundada en 1912, por lo que durante este año, dentro y fuera del país, habrán de realizarse diversos eventos como reconocimiento a la aportación artística y humanística de la maestra Zubeldía.

La representante de la Fundación "Emiliana de Zubeldía Inda", la académica Leticia Varela Ruiz, consideró que Emiliana de Zubeldía representa un vínculo

humano precioso entre su Navarra natal, en España, y México, su patria de adopción y tierra de sus cuantiosas siembras de arte y gran saber musical.

Dijo que este nombramiento llena de orgullo a Sonora, por haber recibido con los brazos abiertos, en especial nuestra casa de estudios, a una mujer de esa talla del arte universal.

Dio referencia a que en el marco de la celebración del llamado "Día de la Raza" --el 12 de octubre--, los miembros del Club España en México decidieron, a partir de 1971, postular como próceres o benefactores de los pueblos herederos del mestizaje a candidatos con méritos suficientes.

"Con un enfoque humanista y esperanzador, el 'Día de la Hispanidad' se celebran todos los rasgos, aspectos y experiencias comunes o semejantes que hacen de todos los pueblos hispanos de América una gran hermandad", expresó.

Ciertamente, añadió, es el día en que los españoles residentes en México y sus descendientes mexicanos celebran la consanguinidad y las afinidades espirituales, sociales, lingüísticas, artísticas y de costumbres que se propiciaron con el mestizaje, la evangelización y 500 años de intercambios culturales.

Leticia Varela indicó que, de entre los 43 personajes ya homenajeados, es la primera vez en que el Club España honra a una música y compositora, y que la ceremonia donde se develó una placa en honor de Emiliana de Zubeldía, se llevó a cabo el pasado 12 de octubre de 2013 en la ciudad de México.

Dijo que entre los grandes personajes que han legado pensamiento, ciencia, acciones, literatura y obras artísticas de alto valor y que han sido reconocidos con esta nominación, se encuentran Sor Juana Inés de la Cruz, Alfonso Reyes, Vasco de Quiroga, Miguel Unamuno, Cristóbal Colón, Carlos Fuentes, Agustín Lara, Rubén Darío, Gabriela Mistral, María Guerrero, Henry Huntington y Manuel de Falla, entre otros. (JAR)

<http://www.energialaboral.com.mx/vernoticias.php?artids=9163&categoria=1>